



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9695

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 27 DE FEBRERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

NOVEDADES

EN EL

MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastre y sombrero para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Cafes de campaña con somiers que pueden transportarse fácilmente.—Cocinas con hornos muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estuas Chouberki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.
PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

LA SOLUCIÓN.

Las noticias recibidas de Marruecos son, según parece, muy satisfactorias. Aun los que anteaeyer experimentaron vagas inquietudes, entienden que, con las últimas noticias, puede ya creer que el conflicto ha terminado.

El sultán, después de consultar á los personajes principales del imperio y de conocer la opinión de los representantes de Europa, accede á las pretensiones de España.

La solución de esta cuestión, que tomó en sus comienzos y en su desarrollo caracteres tan graves, caso de que se conformen esos optimistas rumores, nos regocijará en extremo. Verdad es que la esperábamos desde que supimos que las grandes potencias se colocaban á nuestro lado, pero aun así, nunca pudimos sospechar que tuviera un desenlace tan rápido.

Ninguna reclamación dirigida á Marruecos ha sido despachada en menor número de días. Todavía están pendientes varias entabladas por Italia, Francia, Alemania é Inglaterra. Congratulémonos de la ex-

cepción, si es que en efecto se ha realizado.

Por la cuenta, la diplomacia marroquí ha tenido que ceder esta vez ante la energía de nuestro embajador, quien representaba, no solamente los intereses españoles, sino los de todo el mundo civilizado.

No nos fijemos en la cuantía de la indemnización. Fijémonos en la victoria moral alcanzada por nuestro país sobre un imperio inabordable. El sultán, al reconocer nuestro derecho, reconoce la justicia con que hemos procedido.

Esto, por lo pronto, nos basta. En lo sucesivo sabrán los súbditos de S. M. Sheriffiana, que no en balde pueden agredir, ni siquiera molestar á los que legítimamente poseen territorios limítrofes á sus dominios. Y sabrán además, que aparte del castigo que les imponga su soberano, tendrán que sufrir el que les impongan los europeos.

Pero no confiemos demasiado en la eficacia de esta solución, por satisfactoria que sea. Las tribus marroquíes no se distinguen por su docilidad. En más de una ocasión ha tenido el emperador que hacer armas contra ellas para arrancar el pago de los tributos. No nos maravillaría, pues, que bien con el pretexto de la indemnización de bida á España, bien con cualquiera otro, se rebelaran algunas poderosas kabilas contra la voluntad imperial y, de rechazo, contra nosotros.

El caso no sería nuevo. En lo que va de siglo, Melilla, á pesar de la buena amistad entre sus autoridades y las del sultán, ha sido agredida lo menos diez veces. ¿Quién responde de que no lo sea otra, aun contando de aatemano con la buena fe, no siempre sincera de los bajos y con las garantías que se estipulen en los tratados?

Mientras exista Marruecos, mientras en él tengamos posesiones, estaremos amenazados de conflictos. Daríamos pruebas de inocentes é imprevisores, si creyéramos que con-

cluida esta cuestión, no hemos de pasar por otras quizá más graves.

Porque no solamente nos atañe lo que los súbditos del sultán pueden hacer contra nosotros: nos atañe, y más de cerca, lo que los súbditos de otras naciones civilizadas puedan hacer contra ellos.

El Muluya, el Tuat, el Figit, Tánger, las costas del Océano, son otros tantos puntos negros que oscurecen el horizonte por aquella parte del mundo.

Y mal que nos pese, hemos de vivir preparados si no queremos que nos cojan de sorpresa futuros acontecimientos.

Marruecos nos obligará siempre á mirar con interés la política internacional y, con marcada predilección, los problemas que se refieren á nuestros recursos militares.

Nadie piensa en armamentos excesivos superiores á los que consiente nuestro presupuesto, pero nadie á buen seguro quiere que su patria se encuentre incapacitada de conjurar, con sus solos medios, los peligros que pueden surgir al otro lado del Estrecho, en el instante menos pensado.

La enseñanza que encierran los sucesos de Melilla no caerá, así lo esperamos, en olvido. Aun suponiendo que hayan terminado, dichosamente, en paz y en honra de nuestro nombre, bueno será por sí acaso, que se ponga mano en la reorganización de las fuerzas militares, terrestres y marítimas del país, porque es vergonzoso que una gran nación como la nuestra, centinua viviendo dejada de la mano de sus gobernantes.

TIJERETAZOS

Dice un periódico de Barcelona:

«El movimiento fuerista de Navarra ha perdido la mitad de las simpatías que despertó al principio.»

Tanto han extremado los navarros su

actitud que hasta los mismos regionalistas le van restando cariño.

¿Qué será entre los que no son partidarios del regionalismo?

¡Caramba!

Ahora le ha dado fuerte al general Martínez Campos.

Hay quien dice que en la última conferencia celebrada con el Gbarnit le ha dicho:

—O el primero de Marzo está esto arreglado ó empiezo la campaña.

Lo creemos, lo creemos.

El general Martínez Campos es muy capaz de pasarse hora y media al sol con el casco en la mano en señal de respeto.

Pero es también capaz de decir aquellas palabras.

Y de cumplir las amenazas que llevan envueltas.

Ahora se comprende el juego de la diplomacia marroquí.

Como dentro de pocos días comienza el Ramadán y en ese tiempo el sultán ayuna y reza y no hace otra cosa habrán dicho:

—¡Hagamos tiempo.

Pero el general Martínez Campos se ha apercebido y ha puesto fuego á la pólvora.

Con buen resultado á lo que parece.

La tima, que no haya dado antes con el procedimiento.

Antes hubiera terminado la cuestión.

«El Imparcial» escribe artículos y más artículos en defensa de la unidad de la patria, que ponen en peligro los navarros y los que los defienden.

¿Si supiéramos los españoles sumar como sabemos dividir!

Están divididos todos los partidos, desde el carlista al republicano.

Y ahora no sabiendo ya qué dividir hay quien se entretiene en dividir la nación.

¡Ingrata tarea!

Dice un periódico que los dinamiteros franceses son enemigos de los obreros.

Tal vez tenga razón.

Por que si á fuerza de bombas de dinamita abuyentan de París á los extranjeros que van á visitario y á dejarse su dinero, medrados van á quedar los obreros de París.

Que deduzcan los obreros las consecuencias.

Dice «El Correo Español»:

«Carlos VII ocupadísimo siempre con los asuntos de España, continúa tranquilamente en Viareggio.»

¿Ocupadísimo y tranquilo?

A ver quien nos descifra ese rompecabezas.

NOTAS

¡Bendito país el de la Caridad!

¡Bienaventurados los que pueden ejecutarla!

Cada vez que pensamos en que dentro de pocos días tendrán asegurada la subsistencia unos cuantos cientos de personas, que hoy libran la vida casi pidiendo limosna, de una manera vergonzante ó empeñando los últimos guñapos ó el mueble que recuerda tiempos mejores, sentimos allá en lo íntimo de nuestro ser una satisfacción grandísima.

El milagro no lo va á hacer Cartagena, ni una sociedad de pocos ó muchos individuos; lo va á hacer un hombre solo; pero ha nacido aquí, es nuestro paisano, y solo con eso nos parece que tenemos parte en esa obra, aunque no tenemos ninguna.

Sin embargo, podemos tener una pequeña parte; podremos darnos el gusto de enviar un día al Sr. Conesa un trozo de carne, por ejemplo, para que mejore la comida de los pobres y estamos seguros que no nos ha de desairar el generoso bienhechor.

—¿Qué haría usted—le decíamos días pasados—en el probable caso de que alguien quiera ayudarle á usted un día á dar de comer á los pobres, bien porque sea el día de su santo, porque le haya nacido un hijo ó porque así le plazca?

—Tomar lo que me den—nos contestó.—Yo no podré rechazar nunca lo que se dé para los pobres, y tengan ustedes por seguro que lo que envíen servirá para mejorar la comida ó para aumentar el número de raciones.

—Y no teme usted—le dijimos—que haya persona tan vergonzosa que no recorra á la cocina por vergüenza de que se conozca su situación?

—Ya los buscaré y después de encontrada le enviaré la comida. No tendrá

EL ULTIMO MOHICANO.

285

ximamente á la mitad del camino de la poterna tan desuada, cuando de pronto los detuvo un grito formidable que sonó en sus oídos, y que parecía dado á unos veinte pasos de ellos.

—¿Quién vive?

—Adelante y de prisa! dijo el cazador en voz baja.

—Adelante! repitió Heyward en el mismo tono.

—¿Quién vive? repitieron al mismo tiempo una docena de voces con acento amenazador.

—¡Soy yo! dijo Duncan para ganar tiempo y forzando el paso, á la vez que arrastraba á sus atemorizadas compañeras.

—¿Animal! quien es yo?

—Un amigo de Francia, replicó Duncan sin detenerse.

—Más bien me pareces un enemigo de Francia. Detente, ó te aseguro por Dios, que te voy á hacer amigo del diablo! No? ¡Fuego, camaradas, fuego!

La orden fue obedecida inmediatamente, y unos veinte disparos de fusil sonaron á un mismo tiempo. Felizmente habían tirado casi al azar, y en una dirección, que no era completamente la de los fugitivos. Sin embargo, las balas no pasaron muy lejos de ellos, y los oídos de David poco acostumbrados á este género de música, creyeron oírlos silbar á dos pulgadas de distancia. Los franceses daban grandes gritos, y Heyward oyó la orden de tirar otra vez, y de per-

284 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

cálida como un dolor de muelas. Vamos, en marcha, ahí está ya la niebla.

—Un momento! dijo Heyward, explicadme primero que nuevas esperanzas habeis concebido.

—Lo haré en pocas palabras, que si bien la esperanza es muy pequeña, vale más tener alguna que no tenerla. Uncas dice, que la bala que está ahí, ha abierto varios surcos en la tierra, desde la batería en que se ha disparado hasta aquí, y que si nos llegan á faltar todos los demás indicios para guiarnos, podremos hacerlo por esas huellas. Así pues, basta de conversación y adelante, pues por poco que tardemos, nos aventuramos á que se disipe la niebla, y á quedarnos en la mitad del camino, expuestos al fuego de artillería de ambas partes.

Recordando que en aquel momento crítico era más conveniente obrar que hablar, Heyward se colocó entre ambas hermanas á fin de acelerar su marcha, ocupándose al mismo tiempo de no perder de vista á su guía. Bien pronto se pudo notar que este no había exagerado el espesor de las nieblas del Horicán, por que apenas habían dado cincuenta pasos, cuando se encontraron envueltas en una oscuridad tan profunda, que se distinguían con mucha dificultad unos á otros á algunos pies de distancia.

Habían hecho un ligero rodeo hacia la derecha, hallándose entonces según el parecer de Heyward pró-

EL ULTIMO MOHICANO.

281

—Os costará mucho trabajo poder llegar hasta allí conservando la cabeza, contestó tranquilamente el cazador. Si tuviera á mi disposición una sola de esas quinientas barcas que están amarradas á la orilla, podríamos intentar llegar al fuerte pero... Ah! el fuego no durará, mucho tiempo, por que ahí está ya la niebla, que cambiará bien pronto el día en noche; cosa que hará más peligrosa la flecha de un indio, que el cañón de un cristiano. Eso puede favorecernos, y si os halláis con el valor necesario, intentaremos hacerlo un portillo, porque tengo grandes deseos de acercarme á ese campamento, aun cuando no sea más que por decirle una palabra á alguno de esos perros Mingos que veo rondar por allá abajo, cerca de aquel grupo de álamos.

—Tenemos valor, dijo Cora con entereza; os seguiremos sin temor á ningún peligro, porque se trata de reunirnos con nuestro padre.

El cazador se volvió hacia ella, y la miró con una sonrisa que parecía aprobar aquellas palabras.

—Si tuviera conmigo siquiera un millar de hombres con buena vista, miembros robustos, y el mismo valor que demostráis, antes de una semana enviaría todos esos franceses al fondo de su Canadá, ahullando como perros encadenados, ó como lobos hambrientos. Pero vamos, añadió dirigiéndose á los demás compañeros, marchemos antes de que la niebla lle-